

América Latina y la tierra en el siglo XXI^α

CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS*

RESUMEN: Casi desde el inicio de la revolución neolítica, la transición de las sociedades nómadas a las sociedades sedentarias trajo consigo la definición milenaria de la propiedad de la tierra como elemento central y conflictivo en la historia social. El siglo XXI ha configurado de un peculiar modo ese proceso en el marco del destacado significado que los movimientos antisistémicos de América Latina le han impreso. Este ensayo constituye una exploración de ese proceso en nuestros días y su tendencia histórica.

PALABRAS CLAVE: Propiedad, tierra, América Latina, larga duración, Braudel, Bolivia, Brasil, México.

ABSTRACT: Almost from the beginning of the neolithic revolution, the transition of nomadic societies to sedentary societies brought with it the millennial definition of land property as central and troublesome element in social history. The XXI century has been shaped in a peculiar way this process into the frame of the meaning prominent that anti-systemic movements in Latin America have printed. This essay is an exploration of that process today and its historical trend.

KEYWORDS: Property, land, Latin America, long-term, Braudel, Bolivia, Brazil, Mexico.

Introducción

La lucha de los campesinos por la defensa, la propiedad, la conquista o la recuperación de la tierra, es una lucha milenaria de *larga duración*, que atraviesa y recorre gran parte del entero periplo de la historia de la especie humana. Pues a partir de que los hombres pasan de la etapa nómada a la etapa sedentaria, con la revolución neolítica, y a partir de que se forjan las primeras figuras de las comunidades *rurales*, el vínculo de los seres humanos con la tierra comienza a volverse una de las relaciones sociales centrales y esenciales de todas las estructuras sociales posibles.¹

^α Este texto recoge, bajo una forma escrita, las tesis que hemos expuesto en forma oral en la Conferencia Magistral Inaugural impartida en la Universidade de São Paulo, el 2 de febrero de 2009 en el XIX Encuentro Nacional de Geografía Agraria de Brasil, organizado por el Dr. Julio Suzuki. En esta versión escrita hemos tenido en cuenta los comentarios y preguntas planteados al final de esa Conferencia, los que agradecemos aquí públicamente.

¹ Marx ha estudiado muy agudamente las diversas implicaciones de este paso del nomadismo al sedentarismo, y junto con él del tránsito de las comunidades humanas basadas en vínculos de *sangre* a las nuevas comunidades *rurales*, construidas precisamente a partir de este vínculo del hombre con la *tierra*. Al respecto cfr. Karl Marx, *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*, Coedición Ed. Pablo Iglesias y Ed. Siglo XXI España, Madrid, 1988, *El porvenir de la comuna rural rusa*, Ed. Pasado y Presente, México, 1980, y también *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse*, 3 volúmenes, Ed. Siglo XXI, México, 1971-1976 (en especial el célebre fragmento “Formas que preceden a la producción capitalista” en el vol. 1, p. 433-477). Véase también nuestros ensayos, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La comuna rural de tipo germánico”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 17, México, 1988 y “Germanische Gemeinde” en el libro *Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus*, Ed. Argument, tomo 5, Berlín, 2001.

*Posdoctor en Historia por la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris. Ha sido profesor invitado en la Université de Toulouse, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en Lima, Perú. Investigador visitante en el Fernand Braudel Center de la State University of New York y del Centro Juan Marinello en La Habana, Cuba. Actualmente es investigador por la UNAM en el Instituto de Investigaciones Sociales y docente en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Ha escrito gran número de libros, artículos y compilaciones. Sus textos han sido traducidos al portugués, inglés, catalán, francés, italiano, alemán, ruso y chino. Miembro del Consejo Editorial de *Mundo Siglo XXI*.

Así, desde la etapa misma de predominio de las estructuras sociales comunitarias, y mucho más conflictivamente, a partir del nacimiento de la propiedad de la tierra, primero como propiedad colectiva y luego como propiedad privada de esa misma tierra, la conexión entre los productores agrícolas y la tierra, que entre otras cosas importantes es su principal instrumento de producción, ha sido una fuente compleja y diversa de múltiples relaciones sociales, que abarcan desde la configuración social específica del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, o la generación de mitos, cosmogonías, cosmovisiones y formas simbólicas del más variado tipo, hasta distintas formas jurídicas de la propiedad, diversos usos políticos de la propia tierra, diferentes esquemas de estructuración de la relación campo-ciudad, o variadas formas de ciertas relaciones económicas y sociales en particular.

Entonces, si la lucha por la tierra es una constante que atraviesa los siglos y los milenios de vida de las sociedades humanas más diversas, ella cambia también sus formas, sus contenidos, sus objetivos, sus sujetos sociales y hasta su sentido y significado general, de acuerdo a los distintos tiempos y momentos históricos en que se hace presente, y según los variados contextos geográficos, sociales, o civilizatorios en los cuales se despliega y afirma.

Por eso, y dada esta centralidad recurrente de esta lucha por la tierra, dentro del vasto abanico de las formas de la protesta y de la lucha social en general, vale la pena preguntarse que modalidades reviste ahora esta lucha por la tierra en la América Latina actual. Es decir, cómo ella se encarna hoy dentro de este escenario latinoamericano, el que en los lustros más recientes ha comenzado a vivir profundos y radicales procesos de transformación social global.²

² Sobre la situación actual de América Latina, y sobre los movimientos *antisistémicos* que se desarrollan en su seno, cfr. Raúl Zibechi, *Autonomías y emancipación. América Latina en movimiento*, Coedición Bajo Tierra Ediciones y Sisifo Ediciones, México, 2008, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *L'Amérique Latine rébelle*, Ed. L'Harmattan, París, 2008.

³ Sobre la celebración de estas Mesas en torno a las actuales luchas por la Defensa de la Tierra y el Territorio, en las que participaron, entre otros y junto a los propios indígenas neozapatistas mexicanos, el Movimiento de los Sin Tierra brasileño, y varios otros grupos de la organización Vía Campesina, provenientes de Corea, Canadá, Madagascar, India, Estados Unidos, etc., puede consultarse el sitio en Internet del Ejército Zapatista de Liberación Nacional: <http://www.ezln.org.mx>

⁴ Sobre este carácter *ideológico* del supuesto concepto de la globalización (y de su versión gemela de la “mundialización”), cfr. Immanuel Wallerstein, “¿Globalización o Era de Transición?” en la revista *Eseconomía*, núm. 1, México, 2002, y también “La globalización no es algo nuevo” en el libro *La crisis estructural del capitalismo*, Ed. Contrahistorias, México, 2005. Cfr. también Carlos Antonio Aguirre Rojas, “‘Globalization’ and ‘Mondialization’: a Critical Historical Perspective”, en la revista *Stiinte Politice*, tomo 2, Iasi, Rumania, 2007.

Lucha por la tierra en esta América Latina de los comienzos del siglo XXI cronológico, que siendo protagonizada por múltiples grupos, clases y movimientos sociales, ha sido también planteada como uno de sus ejes centrales, por parte de los movimientos específicamente *antisistémicos* de esta misma Latinoamérica, constituyéndose así, en uno de los varios núcleos del debate y de la reflexión general de estos mismos movimientos. Y dando lugar a novedosas e importantes iniciativas, de convocatoria y de proyección intercontinental, como la de la celebración de varias Mesas en torno al tema de la Defensa de la Tierra y el Territorio, que tuvieron lugar en la ciudad de México y en Chiapas, en julio de 2007, convocadas por el digno movimiento neozapatista mexicano, en vísperas y dentro del propio *Segundo Encuentro de los Pueblos Zapatistas con los Pueblos del Mundo*.³

Entonces, y acotando más precisamente nuestro problema, quisiéramos preguntarnos cómo es que ha sido concretada en los hechos y concebida en la reflexión, esta lucha por la tierra impulsada por esos nuevos *movimientos antisistémicos* de América Latina, durante los últimos tres o cuatro lustros recién vividos. Lo que, en nuestra opinión, no sólo nos dará algunas claves importantes para comprender la peculiar configuración que las luchas sociales y los combates antisistémicos adoptan ahora dentro de nuestra cambiante y cada día más rebelde América Latina, sino que también nos proveerá de algunas pistas importantes, para comprender las razones por las cuales nuestro semicontinente latinoamericano constituye hoy en día, el verdadero *frente de vanguardia mundial* del vasto conjunto de la protesta anticapitalista y antisistémica planetaria.

El contexto global y epocal de la actual lucha por la tierra en América Latina

Si queremos comprender adecuadamente el carácter que tiene esta lucha por la tierra que hoy se despliega en América Latina, debemos comenzar por entender cuál es la etapa específica que hoy atraviesa el capitalismo mundial. Y esa etapa no es ni la de la “globalización” ni la de la “mundialización”, y mucho menos la del etéreo e indefinido “Imperio”, sino más bien la etapa de la crisis terminal o estructural del propio sistema capitalista mundial, el que habiendo comenzado su vida histórica hace aproximadamente cinco siglos, está llegando ahora y frente a nuestra propia mirada, a la etapa conclusiva o final de su largo ciclo histórico global.

Pues lejos de esa falsa y supuesta “globalización” o “mundialización”,⁴ que no son más que las encubridoras denominaciones ideológicas del verdadero caos sistémico que ahora presenciamos, lo que el capitalismo vive hoy es

esa etapa terminal en la que todas sus estructuras principales comienzan a desestructurarse y a colapsar irremisiblemente, al mismo tiempo en que se generan, de modo sólo embrionario y germinal pero muy evidente, las primeras nuevas formas posibles de un muy otro orden social global distinto al capitalista.

Crisis sistémica global del capitalismo mundial, que es la que explica, lo mismo la crisis ecológica profunda que hoy vivimos, y el riesgo de una catástrofe ecológica planetaria que ya confrontamos, o la crisis económica estructural cada vez más extendida y evidente —manifestada en las quiebras de bancos y empresas, en el desempleo irrefrenable, o en el aumento indetenible de la llamada economía negra, o paralela, o informal, o subterránea—, que la crisis y descomposición de todo el tejido social en general, que desencadena y multiplica la violencia social dispersa y ubicua en todo el cuerpo social, junto a la bancarrota evidente de todos los Estados del planeta y de todas las clases políticas que los acompañan, sin excepción alguna, y a la pérdida galopante de valores, de referentes éticos o de marcos culturales sólidos, que funcionen como puntos de apoyo estables para esta misma dimensión cultural.

Crisis múltiple de todas las estructuras capitalistas, sin excepción alguna, que lo mismo hace decaer la vigencia de los mitos nacionales y de todos los valores relativos a los Estados-nación, que derrumba las viejas estructuras del saber académico y los saberes en general, cuestionando lo mismo nuestras formas tradicionales de aproximarnos y conectarnos con la naturaleza, que nuestras cosmovisiones o Weltanschauung en general, entre muchas otras de sus variadas y diversas manifestaciones.

Y que también, replantea las formas, el carácter, los objetivos y la naturaleza toda que pueden tener hoy los movimientos sociales de todo tipo, y las distintas formas de la protesta social en general, desde las más simples manifestaciones de oposición intrasistémica o prosistémica, hasta los más radicales movimientos genuinamente anticapitalistas y esencialmente antisistémicos.

Pues a tono con esta nueva situación de bifurcación histórica, abierta por esa crisis terminal del capitalismo, han mutado también de modo radical y a partir de la gran fractura histórico-planetaria simbolizada en la revolución cultural mundial de 1968,⁵ tanto las bases sociales como las demandas específicas de todos esos movimientos anticapitalistas y antisistémicos, los que en estas cuatro últimas décadas, han modificado desde sus objetivos generales y sus estrategias más globales, hasta sus formas de organización interna y sus métodos y tácticas de lucha, para adaptarse así, a esta nueva circunstancia histórica de la crisis terminal del capitalismo mundial.

Y con ello, naturalmente, se ha modificado también profundamente la forma y el sentido en el que se despliega y afirma la lucha por la tierra, por parte de esos nuevos movimientos antisistémicos en general, e igualmente, por parte de los movimientos antisistémicos de América Latina en particular.⁶ Nuevos movimientos anticapitalistas y antisistémicos latinoamericanos, que al afirmarse como movimientos sociales que poseen una presencia social contundente dentro de sus respectivos países, y al haber ya avanzado enormemente en términos de los esfuerzos de la construcción social de mundos nuevos, muy otros que el capitalista, se ubican precisamente en la posiciones de vanguardia de esa lucha antisistémica mundial.

Pues es sólo en América Latina, en donde hoy esos movimientos antisistémicos son capaces de derrocar pacíficamente gobiernos locales y hasta gobiernos nacionales, paralizando ciudades, Estados o países enteros, y determinando el rumbo todo de las políticas nacionales, en ciertos momentos o coyunturas históricas específicas. Y es sólo aquí, en Latinoamérica, donde hoy se multiplican y prosperan esos extraordinarios experimentos de crear nuevos mundos y nuevas relaciones sociales globales, en los Caracoles Neozapatistas, en los Asentamientos de los Sin Tierra Brasileños, en algunos barrios piqueteros argentinos, o en ciertas comunidades indígenas radicales de Bolivia o Ecuador, entre otros. Lo que, entre muchas otras consecuencias, explica también la centralidad que ha tenido América Latina para la gestación y el desarrollo de la iniciativa de organización de los varios Foros Sociales Mundiales hasta hoy celebrados, así como para todo el movimiento altermundista planetario, que hoy se encuentra aún en una grande y expansiva actividad general.

Fuerza excepcional y protagonismo avanzado de estos movimientos antisistémicos de América Latina, que también explican en parte, ese nuevo carácter que hoy adquiere, en estos territorios latinoamericanos, esa secular y milenaria lucha por la tierra que aquí intentamos radiografiar.

⁵ Sobre las diversas y profundas implicaciones de esta revolución cultural mundial de 1968, cfr. Fernand Braudel, “Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración” en *La Jornada Semanal*, núm. 226, octubre de 1993, Immanuel Wallerstein, “1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes” en *Estudios Sociológicos*, núm. 20, 1989, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Repensando los movimientos de 1968 en el mundo”, en el libro *Para comprender el siglo XXI*, Ed. El Viejo Topo, Barcelona, 2005, y “La revolución mundial de 1968, cuatro décadas después”, en *ContraHistorias*, núm. 11, 2008.

⁶ Sobre estos nuevos movimientos antisistémicos de América Latina, cfr. Raúl Zibechi, *América Latina: periferias urbanas, territorios en resistencia*, Ed. Desde Abajo, Bogotá, 2008, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Les nouveaux mouvements antisistémiques en Amérique Latine: une brève radiographie générale”, en *Review*, vol. XXXI, núm. 1, 2008.

Luchas sociales y luchas anticapitalistas y antisistémicas por la tierra

Para poder comprender cuál es la naturaleza específica que hoy, en este siglo XXI cronológico, y dentro de Latinoamérica, tiene esa lucha por la tierra enarbolada por los nuevos movimientos antisistémicos latinoamericanos, hace falta entender primero, la diferencia entre un simple movimiento social, de un lado, y del otro, un movimiento genuinamente anticapitalista y antisistémico. Pues si no es lo mismo una movilización social efímera que un movimiento social organizado y más permanente, y si tampoco coinciden un movimiento social procapitalista y prosistémico, con un movimiento realmente antisistémico y anticapitalista,⁷ entonces también serán diferentes las luchas por la tierra que desplegarán esos diversos movimientos sociales, sea procapitalistas y prosistémicos, sea genuinamente anticapitalistas y antisistémicos.

Lo que entonces puede darle sentidos muy diferentes a una misma consigna, por ejemplo, la del reparto agrario o incluso la de la reforma agraria. Pues es pertinente recordar que la Revolución Francesa y luego Napoleón, llevaron a cabo una profunda y radical reforma agraria en la Francia de finales del siglo XVIII y principios del XIX, reforma que no sólo no atacaba los fundamentos principales del sistema social capitalista, sino que, por el contrario, hizo posible el vasto y firme desarrollo del capitalismo francés de los dos últimos siglos transcurridos. Algo similar a lo que sucedió en México con la Revolución Mexicana, la que también irá acompañada de una contradictoria y desigual reforma agraria, que redundará específicamente en el fortalecimiento e impulso del desarrollo del capitalismo mexicano, a todo lo largo del siglo XX cronológico.⁸

⁷ Para un desarrollo más amplio de este punto, de las diferencias entre las distintas formas de la protesta social, cfr. Edward P. Thompson, *Costumbres en común*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995 (en especial, su brillante ensayo “La economía moral de la multitud”), Ranajit Guha, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Ed. Duke University Press, Durham, 1999, y nuestro Prefacio, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Planeta Tierra: los movimientos antisistémicos hoy”, incluido en el libro de Immanuel Wallerstein, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, Ed. Contrahistorias, México, 2008.

⁸ Sobre este punto, vale la pena volver a releer los brillantes textos de Marx sobre la historia de Francia en el siglo XIX, en donde explica ese impacto de la reforma agraria llevada a cabo por la Revolución Francesa, sobre la naturaleza particular del capitalismo francés del siglo XIX. Esos textos han sido compilados y concentrados en el libro, Karl Marx, *Les luttes de classes en France*, Ed. Gallimard, París, 2007. Sobre el caso específico de la Revolución Mexicana, cfr. Friederich Katz, *La guerra secreta en México*, Ed. Era, México, 1982, y *Nuevos ensayos mexicanos*, Ed. Era, México, 2006, y también Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Mercado interno, guerra y revolución en México. 1870-1920” en *Revista Mexicana de Sociología*, año 52, núm. 2, 1990.

De modo que si esta lucha por la reforma agraria o por el reparto agrario puede ser totalmente prosistémica, y por lo tanto compatible y hasta beneficiosa para el capitalismo nacional de un cierto país determinado, ella también puede adquirir un sentido y un carácter radicalmente diverso, anticapitalista y antisistémico, cuando se le reivindica, por ejemplo, sólo como parte y premisa necesaria de una lucha más global por el socialismo, tal y como lo plantea ahora en Brasil el Movimiento de los Sin Tierra. O también, tal y como lo concibe el digno movimiento neozapatista mexicano, el que interpreta su demanda de “Tierra”, en el sentido radical de la recuperación y de la defensa de la “Madre Tierra”, y con ello, de su necesaria desmercantilización total y radical, con todas sus múltiples consecuencias, como veremos más adelante.

Entonces, y reconociendo claramente la divergencia entre estas dos modalidades de lucha por la tierra, la intrasistémica y procapitalista de un lado, y del otro la lucha anticapitalista y antisistémica en pos de esa misma tierra, resulta más fácil evaluar, de modo crítico, las políticas que ciertos gobiernos supuestamente de izquierda en América Latina, han estado llevando a cabo durante los años más recientes de la historia latinoamericana. Pues lo mismo Hugo Chávez que Lula, e igualmente Evo Morales que Rafael Correa o Fernando Lugo, han hablado de expropiar las tierras ociosas de los grandes latifundistas de Venezuela, Brasil, Bolivia, Ecuador o Paraguay, para dárselas a los campesinos pobres y sin tierra, y volverlas con ello tierras realmente productivas. Pero al mismo tiempo que atacan y expropián esas tierras ociosas, todos esos mismos gobernantes mencionados aceptan y defienden la propiedad privada de aquellas tierras que sí están activas, y que sí están produciendo productos, pero sobre todo ganancias y beneficios para otros latifundistas, a pesar de que estos últimos sean igualmente activos explotadores de la fuerza de trabajo de centenas y miles de trabajadores, de todas esas mismas naciones latinoamericanas.

Con lo cual, es claro que todos esos repartos agrarios de dichos gobiernos supuestamente de izquierda, son en esencia procesos completamente prosistémicos y procapitalistas, que en los hechos cumplen la misma función que el reparto napoleónico de tierras entre los campesinos franceses revolucionarios, impulsando un mejor y más amplio desarrollo de las relaciones agrarias capitalistas en la Venezuela o en el Brasil actuales, lo mismo que en la Bolivia, el Ecuador o el Paraguay de hoy. Lo que no se modifica para nada, aunque vaya acompañado de la retórica de la construcción del “Socialismo del Siglo XXI”, “socialismo” que al respetar la propiedad privada de los medios de producción, y por ende también de la tierra, y al coexistir armónicamente y sin problemas con el poder

social, económico e ideológico de los capitalistas, y al definirse como idéntico o cuasi idéntico al cristianismo en el ámbito cultural, termina por perder todo posible sentido emancipador o realmente anticapitalista y antisistémico.⁹

En cambio, y en las antípodas de estas políticas en torno a la tierra, llevadas a cabo por esos gobiernos socialdemócratas y tibiamente progresistas mencionados, se afirman las posturas radicalmente anticapitalistas y antisistémicas, por ejemplo de la actual CONAIE ecuatoriana, que exige que la autonomía indígena sea autonomía integral sobre sus territorios y sobre todos los recursos y riquezas naturales que ese territorio incluye, o también el Movimiento Pachakutic de Bolivia, que reclama la devolución integral de todas las tierras y los territorios de esa nación a los indígenas bolivianos, oponiéndose entonces, tanto en Ecuador como en Bolivia, a esas políticas prosistémicas referidas, y reivindicando frente a ellas, una “lucha por la tierra” radical y profundamente anticapitalista y antisistémica.¹⁰ Lucha radicalmente anticapitalista por la tierra, cuyos perfiles generales vale la pena revisar ahora con más detenimiento.

Los perfiles generales de la lucha realmente antisistémica por la tierra en la América Latina actual

Como ya hemos señalado antes, el periodo histórico que hoy atraviesa la humanidad, es un periodo histórico que se caracteriza por poseer una excepcional y en ciertos sentidos incluso inédita densidad histórica específica. Pues a partir de la fecha simbólica de 1968, y de la serie de revoluciones culturales que en esos años cubrieron toda la superficie del globo, se abre una etapa histórica que combinaba, junto a una clásica fase B del Kondratiev, y al lado de la fase descendente del ciclo hegemónico norteamericano, también el proceso de desgaste y decadencia del predominio de la ideología liberal como geocultura del entero sistema capitalista mundial, y más en profundidad, el ya referido proceso de la crisis terminal del capitalismo mundial.

Es decir que para comprender estos últimos cuarenta años transcurridos, no basta con remontarse a 1945, inicio del ciclo Kondratiev 1945-2005, ni a 1870, fecha de arranque del ciclo hegemónico de Estados Unidos que se prolonga hasta hoy, sino que hace falta también remontarse a 1789, como momento inicial del ciclo de vida de la hoy declinante ideología liberal burguesa a nivel mundial, y a 1492, como fecha simbólica del nacimiento de la agonizante pero todavía viva era capitalista de la historia humana.¹¹

Pero también y en un nivel aún más profundo, 1968 no es sólo el punto de partida de la crisis terminal del capitalismo, sino también y como lo explicó Marx hace más de 150 años, el punto de partida de la crisis terminal

de toda la vasta familia de sociedades humanas divididas en clases sociales, junto al fin simultáneo de la larguísima y milenaria “prehistoria de la humanidad”. Lo que, en la línea ya planteada, significa que los particulares pasados relevantes que permiten explicar real y adecuadamente los procesos humanos vividos en las cuatro últimas décadas, nos remite no sólo a 1945, 1870, 1789 y 1492, sino también y simultáneamente, a los propios orígenes de las sociedades humanas divididas en clases sociales, e incluso y más allá, a los propios orígenes del hombre en tanto especie.¹²

Densidad histórica excepcional, que combina y superpone entre otros, estos seis procesos importantes recién mencionados, que explica también los nuevos perfiles generales que hoy adopta esa lucha realmente antisistémica por la tierra, que hoy se afirma dentro de América Latina. Lucha que ha modificado desde los sujetos o actores que la enarbolan, hasta la concepción misma de lo que hoy debemos comprender bajo esta noción de “la tierra”, junto al sentido concreto que esta lucha tiene dentro del conjunto de

⁹ Sobre las *enormes limitaciones* de este proyecto del supuesto “Socialismo del Siglo XXI”, cfr. el libro colectivo *Ecuador y América Latina. El Socialismo del Siglo XXI*, Ed. CONBAIE, Quito, 2007, que incluye textos de Rafael Correa, presidente de Ecuador, Álvaro García Linera, vicepresidente de Bolivia, y Fernando Lugo, presidente de Paraguay. Véase también los dos volúmenes *Ideas para debatir el Socialismo del Siglo XXI*, coordinado por Margarita López Maya, Ed. Alfa, Caracas, tomo 1, 2007, y tomo 2, 2009. Para una crítica de este proyecto del “Socialismo del Siglo XXI”, y también para una caracterización más detenida y matizada de los cinco gobiernos mencionados, que explica tanto sus similitudes como sus diferencias, cfr. nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *América Latina en la encrucijada*, séptima edición corregida y aumentada, Ed. Contrahistorias, México, 2009.

¹⁰ Sobre estas posturas mencionadas, cfr. Marlon Santi, “Un nuevo giro a la izquierda. La Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador. Entrevista a Marlon Santi”, en *Contrahistorias*, núm. 11, México, 2008, y Felipe Quispe, “Bolivia en la encrucijada. Entrevista a Felipe Quispe”, en *Contrahistorias*, núm. 12, México, 2009.

¹¹ Para comprender más cabalmente estos procesos de la fase b del ciclo Kondratiev, de la etapa descendente del ciclo hegemónico estadounidense, del colapso hoy en curso del liberalismo, y de la crisis terminal del capitalismo, cfr. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996, y *La crisis estructural del capitalismo*, antes citado. También Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein: crítica del sistema-mundo capitalista*, Ed. Era, segunda reimpresión, México, 2007, y también *Para comprender el siglo XXI*, antes ya citado.

¹² Sobre este fin de las sociedades de clases y de la misma prehistoria humana, siempre es útil releer a Marx, por ejemplo *El Capital*, Ed. Siglo XXI, 8 volúmenes, México, 1975-1981, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse*, antes citado, y *Crítica del programa de Gotha*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978. Véase también nuestra participación en el *Primer Festival Mundial de la Digna Rabia*, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La digna rabia, tan anticapitalista como radicalmente antisistémica”, en el sitio del EZLN: <http://www.ezln.org.mx>, discurso en donde recuperamos este argumento de Marx, para explicar, además, la naturaleza singular de los actuales movimientos anticapitalistas, y sobre todo *antisistémicos* de todo el planeta.

las luchas sociales más globales, y a los propios objetivos, inmediatos y mediatos, de dicha lucha por la tierra.

Ya que ahora, en estos inicios del tercer milenio cronológico, los sujetos que hoy luchan por la tierra son sujetos que antes no existían, o también, actores que aunque existían no eran reconocidos ni por el sistema social dominante, ni tampoco por los propios movimientos sociales anticapitalistas anteriores a la fecha emblemática de 1968. Es decir, sujetos realmente inexistentes, o en otro caso, sujetos recurrentemente invisibilizados e ignorados por el conjunto de la sociedad en que ellos vivían.

Así, quienes hoy luchan por la tierra, por ejemplo en Brasil, son los “sin tierra”, es decir personas que no son necesariamente campesinos, y que pueden ser más bien pobres de la ciudad, o hijos de campesinos que nunca tuvieron tierra propia, u obreros que desean retornar al campo y reconvertirse en campesinos, etc. (aunque también, a veces, sí se trata de campesinos que han sido expulsados de sus tierras, o despojados injustamente de las mismas). Gente entonces “sin tierra”, a veces proveniente de los espacios y de los sectores sociales urbanos, que al luchar hoy por conquistar esa tierra campesina y vincularse con ella, a veces por vez primera en su vida, subvierte de un golpe y en los hechos, el mito tenaz de que el campo representa el atraso social y la falta de desarrollo, mientras que la ciudad encarna el progreso y el mayor desarrollo social global en general. Nuevos actores que nunca han poseído la tierra, y que no han definido su identidad social original en función de dicha tierra, que por libre elección, deciden ahora tratar de pelear y de conquistar esa misma tierra, para acceder entonces a la creación de una nueva identidad propia, ahora campesina y claramente rural.¹³

Y vale la pena subrayar el hecho de que lo que unifica, en un primer momento, a este movimiento social anticapitalista de los “Sin Tierra”, es más su condición negativa que positiva, pues más allá de su origen, proveniente de varios sectores y grupos sociales muy diversos, lo que lo estructura inicialmente es su condición compartida de no tener la tierra, de no tener acceso a su disfrute y de ser entonces un sin tierra. Condición negativa similar a la de los piqueteros argentinos, que son al inicio los “sin trabajo”, los que comparten el estatuto del desempleo y de la falta de trabajo. Y condición también semejante a la de los

inmigrantes ilegales de Estados Unidos o de Europa, que son los “sin papeles”, o a los habitantes pobres de origen árabe de los suburbios franceses, que son los “sin reconocimiento” de su igualdad y de sus derechos frente a los ciudadanos de origen francés, o a los indígenas de México, o de Perú, o Ecuador, o Bolivia, que son los sin identidad indígena reconocida, y los sin autonomía verdadera sobre todas sus tierras y territorios ancestrales.

Sectores pues definidos en sus comienzos –lo que más adelante se transforma, para dar paso a una clara unidad en torno de razones y elementos positivos, nacidos justamente de sus luchas anticapitalistas y antisistémicas–, por una condición negativa, que habrían sido imposibles de ser concebidos como sujetos transformadores antes de 1968, cuando todos los movimientos anticapitalistas definían la relevancia de los diversos grupos y sectores sociales, solamente en función de su cercanía, lejanía, o vínculo específico con los procesos productivos concretos de plusvalía, y cuando el único actor considerado realmente revolucionario, en virtud de esta idea, era precisamente la clase obrera industrial. En cambio ahora, y con la emergencia posterior a 1968 de múltiples nuevos sujetos y actores revolucionarios, se afirman también nuevos sujetos que luchan por la tierra, y entre ellos, estos sectores urbanos de los autodenominados “sin tierra”.

Y junto a estos sectores urbanos, “sin tierra”, que desean cambiar su identidad urbana para volverse campesinos con tierra, existen también otros “nuevos” sujetos, también urbanos, que luchan hoy por la tierra, pero en este caso por la propia tierra urbana, por los territorios urbanos de sus barrios, de sus colonias, de sus espacios vitales, y de sus vastas y extendidas periferias, que son ahora los inmensos cinturones que rodean y envuelven a muchas de las grandes ciudades latinoamericanas. Sujetos sociales que tampoco existían antes de la revolución mundial de 1968, o que existían de modo sólo marginal y minoritario, y que en los últimos cuarenta años han construido, sobre todo en América Latina, potentes y cada vez más visibles movimientos urbanos populares, los que entre sus múltiples demandas y reivindicaciones incluyen también ahora la de la conquista y defensa de esa tierra urbana, de sus propios territorios urbanos, en los que no sólo afirman su propia presencia material como movimientos sociales fuertes, e incluso a veces claramente antisistémicos y anticapitalistas, sino también comienzan a edificar, en esos espacios urbanos controlados por ellos, interesantes experimentos de reconstrucción social no capitalista, es decir, experiencias en pequeña escala de formas económicas no regidas por la lógica de la acumulación de capital, junto a relaciones sociales solidarias y fraternas, y a proyectos de una salud, una educación, una cultura y una convivencia social,

¹³ Sobre el Movimiento de los Sin Tierra de Brasil, vale la pena revisar, por ejemplo, Joao Pedro Stedile, *Brava Gente*, Ed. Desde Abajo, Bogotá, 2003, Bernardo Mançano, *A formação do MST no Brasil*, Ed. Vozes, Petrópolis, 2000, Martha Hamecker, *Sin tierra. Construyendo movimiento social*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 2002, Sue Branford y Jan Rocha, *Rompendo a cerca. A historia do MST*, Ed. Casa Amarela, Sao Paulo, 2004, y Mitsue Morissawa, *A historia da luta pela terra e o MST*, Ed. Expressao Popular, Sao Paulo, 2001.

realmente alternativas a las formas burguesas capitalistas aún hoy dominantes.¹⁴

Sujetos urbanos que luchan hoy, de modo antisistémico, por la tierra rural o por la tierra urbana, que simplemente no existían en tanto tales sujetos que luchan por la tierra, antes del quiebre histórico de 1968. Como tampoco parecían existir, aunque si existieran, los indígenas que hoy luchan por la tierra, y a los que antes de 1968 se les consideraba exclusivamente como campesinos, pero no como campesinos que además de serlo, eran también singularmente indígenas, es decir campesinos-indígenas, con una identidad específica que no era ni idéntica ni reductible a la de los campesinos no indígenas.

Y de la misma manera que las mujeres, o que los jóvenes, o que los homosexuales, así también los indígenas eran claramente invisibilizados antes de 1968, subsumiéndolos en la clase social de los campesinos, o considerándolos, paternalista y despreciativamente, como simples resabios del pasado destinados prontamente a desaparecer. Pero después de 1968, primero lentamente y con mucho más fuerza y vigor después del 1 de enero de 1994, estos mismos indígenas, que también son en su inmensa mayoría campesinos, han comenzado a luchar igualmente por la tierra, pero ahora ya no solamente desde su perspectiva campesina en general, sino también y más específicamente, desde su singular cosmovisión indígena de lo que es, y sobre todo de lo que debe ser, esa misma tierra.

Cosmovisión indígena que no concibe a la tierra en términos puramente instrumentales, como sí lo hacen muchos campesinos del mundo al asumirla solamente como su instrumento de producción principal, sino que la asume como “Madre Tierra”, como “Pacha Mama”, o sea como la fuente primera y nutricia de toda la vida humana, y en esta vía, como pilar central y origen general de las sociedades humanas y de toda vida social posible.¹⁵ Concepción de la tierra defendida por los movimientos indígenas de México, Ecuador, Bolivia, Chile, Colombia, Perú, Guatemala, etc., que no sólo transforma radicalmente todos los modos concretos de entender la secular y milenaria “lucha por la tierra”, sino también el sentido todo y la perspectiva general de aquello por lo que se “lucha”, del objeto, el objetivo, las acciones y la significación de lo que está en juego en estos nuevos combates “por la tierra”, en virtud de la profunda modificación que ahora ha sufrido el contenido mismo de lo que incluye esta cambiante y peculiar noción de lo que es la “tierra”.¹⁶

Cambio profundo de lo que abarca este término “tierra”, que a tono con esos nuevos sujetos y actores que hoy luchan por ella, va también a mudar el enfoque mismo y el carácter de lo que se reclama y reivindica, por parte de esos nuevos movimientos antisistémicos de América Latina. Pues

hoy, no se lucha solamente por la tierra, sino también por el territorio, comprendiendo bajo este término complejo, a los lagos, los ríos, los manantiales y las cascadas, a las montañas, los bosques, los valles, los recursos del suelo y el subsuelo, al medio ambiente con todos sus componentes, y también a la flora y la fauna integrales de esos espacios territoriales, es decir, a todos los componentes de lo que Fernand Braudel llamó el componente o basamento geohistórico de las civilizaciones, y de lo que Marx y Hegel llamaron, en su momento, la base geográfica de la historia universal.¹⁷ Que es lo mismo a lo que los indígenas bolivianos designan hoy, más resumidamente, bajo los términos de “el subsuelo, el suelo y el vuelo”.

Lucha por la tierra, concebida ahora en estas vastas dimensiones como lucha y defensa del territorio, que es la que explica, entre muchos otros ejemplos, la famosa ‘guerra del agua’ llevada a cabo por los indígenas bolivianos, pero también la defensa de los bosques y de los lagos que hoy despliegan, firmemente, los pueblos neozapatistas de Chiapas, junto a la confrontación actual de la CONAIE

¹⁴ Sobre esta lucha por la tierra y el territorio urbanos, cfr. Raúl Zibechi, *América Latina: periferias urbanas, territorios en resistencia*, ya citado, en donde se analizan con detalle las experiencias de Perú, Chile, Uruguay, Colombia y México. Y vale la pena señalar que en algunos casos, esta construcción de espacios propios por parte de los movimientos sociales, puede llegar hasta las dimensiones de construir toda una *ciudad paralela*, como en el caso de la Ciudad de El Alto en Bolivia, sobre la cual vale la pena ver, también, el libro de Raúl Zibechi, *Dispersar el poder*, Ed. Taller Editorial la Casa del Mago, Guadalajara, 2006. En términos más generales, cfr. también de Raúl Zibechi, “Espacios, territorios y regiones: la creatividad social de los nuevos movimientos sociales en América Latina” en *Contrahistorias*, núm. 5, México, 2005, y “La revolución de 1968: cuando el sótano dijo ¡basta!” en *Contrahistorias*, núm. 11, México, 2008, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “América Latina hoy: un olhar na longa duração”, en el libro *América Latina. História e presente*, Ed. Papyrus, São Paulo, 2004.

¹⁵ Sobre esta concepción de la tierra como “Madre Tierra”, cuyas implicaciones generales revisaremos un poco más adelante, y que es una concepción que se encuentra presente en la gran mayoría de las civilizaciones humanas, cfr. Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, Ed. Era, México, 2004.

¹⁶ Sobre las diversas implicaciones que para el movimiento neozapatista mexicano tiene esta lucha por la Madre Tierra, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, Ed. Prohistoria, cuarta edición, Rosario, 2009.

¹⁷ Sobre este punto cfr. Fernand Braudel, “¿Hay una geografía del individuo biológico?”, en el libro *Escritos sobre historia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1991, y *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1953 (en especial el punto “Geohistoria y determinismo” en el tomo 1, pp. 317-327), Carlos Marx, *La ideología alemana*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1974, G. H. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1974, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Fernand Braudel et les sciences humaines*, Ed. L’Harmattan, París, 2004, y “Between Marx and Braudel: making history, knowing history”, en *Review*, vol. XV, núm. 2, 1992.

ecuatoriana en contra de Rafael Correa, en torno de la explotación o no de los recursos minerales y del petróleo que subyacen a los territorios indígenas amazónicos de Ecuador, o a la lucha de los mapuches chilenos contra las transnacionales y contra el Estado chileno, por la defensa de su medio ambiente y de sus territorios.

Combate múltiple y complejo, en torno de todo este vasto conjunto de elementos que hoy abarca la noción de tierra-territorio, que además, no es una disputa sólo por la posesión o no, o el control general o no de esos elementos, sino, mucho más profundamente, por la definición misma de sus usos, su gestión, su administración, su reproducción y su mantenimiento general. Es decir, una lucha que incluye, por ejemplo, la definición de lo que debe o no cultivarse, como en el caso de la guerra de los cocaleros bolivianos y de su defensa del sentido histórico-simbólico del cultivo y del consumo de la hoja de coca, lo mismo que sobre la decisión del uso o no de agentes químicos tóxicos para la fertilización del suelo, uso que está completamente prohibido en todos los territorios neozapatistas del estado de Chiapas en México. O también, la decisión sobre el consumo o destino de lo que ya ha sido producido, como en el combate del movimiento de los Sin Tierra brasileños, en contra del uso de los cereales para la producción de los biocombustibles. Pero incluso y más allá, no sólo en torno a la definición de tal o cual producto en particular, sino más en general, en torno a la estrategia general de la utilización misma de la tierra, que en lugar de consagrarse a la producción de un solo producto comercial altamente rentable y confinarse así en el monocultivo, puede más bien orientarse a la promoción constante de una agricultura

concebida desde la lógica del incremento creciente y del logro sostenido de una verdadera autosuficiencia alimentaria, tal y como lo defienden igualmente los campesinos brasileños del Movimiento de los Sin Tierra.

Una lucha amplia y vasta por el territorio-tierra, que como ya hemos mencionado, no es sólo la lucha por el territorio rural, sino también y en ocasiones, una lucha por los territorios urbanos. Como en el caso de Bolivia, en donde esta lucha por la tierra urbana llega hasta el punto de construir toda una ciudad entera, la Ciudad de El Alto, que es contigua y paralela a la ciudad de La Paz, y que siendo una ciudad de población exclusivamente indígena, posee ochocientos mil habitantes, teniendo su propia Universidad y sus propias autoridades de gobierno, con su propia policía, sus leyes, sus Juntas Vecinales, sus comercios y su organización propia, en un modelo que apunta claramente hacia la autogestión y la autonomía completa, de esta enorme comunidad indígena y rebelde. Comunidad de El Alto que tuvo un rol protagónico de primera fila, tanto en el derrocamiento del “gringo” Gonzalo Sánchez de Losada en octubre de 2003, como también en el colapso del gobierno de Carlos Mesa en mayo y junio de 2005.¹⁸

Nuevas luchas y nuevas conquistas por la tierra y el territorio urbanos, que junto a la lucha por los territorios rurales, y a partir de los nuevos actores o sujetos que la llevan a cabo, constituyen algunos de los nuevos perfiles principales de esta lucha por la tierra, desarrollada por los nuevos movimientos antisistémicos de América Latina.

Los nuevos horizontes de la lucha antisistémica latinoamericana por la tierra y el territorio

A partir de estos nuevos perfiles que hoy presenta la lucha por la tierra y el territorio en América Latina se derivan también otros rasgos, igualmente novedosos e inéditos, que definen a esta misma lucha por el territorio como una lucha genuinamente radical, anticapitalista y antisistémica, y con ello, como una lucha inserta dentro de un nuevo horizonte general, que es precisamente el de la etapa de transición histórica o bifurcación sistémica que ahora vive el capitalismo mundial, y al cual ya hemos aludido anteriormente.

Porque si observamos con cuidado aquellos movimientos latinoamericanos que hoy podemos calificar como los principales movimientos antisistémicos de nuestro semicontinente —es decir, el neozapatismo mexicano, el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, un sector del movimiento piquetero argentino, y ciertos grupos o tendencias de los movimientos indígenas de Ecuador y de Bolivia—,¹⁹ y los contrastamos con otros movimientos sociales de América Latina, podremos comprender fácilmente que

¹⁸ Sobre este pueblo o comunidad de la Ciudad de El Alto, cfr. Raúl Zibechi, *Dispersar el poder*, antes ya citado, Luis Gómez, *El Alto de pie. Una insurrección aymara en Bolivia*, Ed. Comuna, La Paz, 2004, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Bolivia rebelde. Las lecciones de los sucesos de mayo y junio de 2005 en perspectiva histórica”, en *Contrahistorias*, núm. 5, México, 2005.

¹⁹ Pensamos que estos cinco movimientos enlistados, son los cinco más importantes movimientos antisistémicos de América Latina, teniendo todos ellos una presencia nacional indudable en sus respectivos países, y habiendo desplegado también todos ellos, en ciertos momentos o coyunturas históricas, acciones de impacto nacional, e incluso, muchas veces, de consecuencias y proyección internacionales. No obstante, no se nos escapa el hecho de que, a todo lo largo y ancho de América Latina, existen también otros movimientos antisistémicos importantes, como los mapuches chilenos o los indígenas nasa de Colombia, o el movimiento de la APPO en Oaxaca, México, o etc. Pero pensamos que se trata, al menos por ahora, de movimientos de alcance más local, o regional, o de existencia más efímera y coyuntural. Lo que, sin duda, no demerita en nada su profunda importancia, tal y como hemos tratado de mostrarlo, para el caso específico de México, en nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “México 2005-2010: Obra en trece actos”, en *Contrahistorias*, núm. 12, México, 2009.

los primeros se distinguen de los segundos por todo un conjunto de rasgos que, en lo general, se vinculan precisamente a la asunción de este horizonte de la crisis terminal del capitalismo, y por lo tanto, a una reconocida y explícita vocación anticapitalista y antisistémica profundas.

Por ejemplo, y en primer lugar, al hecho de que todos estos movimientos antisistémicos conciben a esa “lucha por el territorio y la tierra” sólo como una parte de una lucha obligadamente más global, que es una lucha por la supresión integral del capitalismo y por la construcción de una sociedad nueva, muy otra que la capitalista. Entonces, y a diferencia de los movimientos prosistémicos por el territorio, que al conquistar el reparto de la tierra o la reforma agraria se dan por satisfechos y contentos, esta lucha antisistémica por la tierra se percibe, siempre, sólo como uno de los frentes o espacios de una totalidad mayor que la engloba y la subsume, integrándola dentro de ese combate antisistémico y anticapitalista mucho más global.

Lo que se hace evidente, por ejemplo, en el planteamiento del MST brasileño, el que siempre ha insistido en que su lucha por una reforma agraria en Brasil, sólo puede ser realmente exitosa y cumplida si lo es como parte de una transformación social global y radical de toda la sociedad brasileña, y por ende, como parte de la construcción del socialismo en Brasil.²⁰ O también en el caso del neozapatismo mexicano, el que desde el principio incluyó su lucha por la “Tierra”, sólo como una de las once y después trece demandas generales de su lucha global, demandas que ahora están en proceso de redefinición, para integrarse dentro del Programa Nacional de Lucha que muy pronto habrá de elaborar, desde abajo y a la izquierda, todo el vasto movimiento nacional mexicano de La Otra Campaña.²¹

Lucha por el territorio y tierra, que también para la CONAIE ecuatoriana, o para el Movimiento Pachakutic de Bolivia, es tan sólo una parte de una lucha más global por la instauración de una sociedad basada en el principio indígena del “buen vivir”, y por la instauración de un gobierno auténticamente indio, lo mismo que una lucha en contra de la tibieza y moderación de los gobiernos de Rafael Correa y de Evo Morales respectivamente, y en contra de las transnacionales y de los capitalistas y el capitalismo ecuatoriano o boliviano, según los casos.²²

E igualmente, en el caso de los sectores autonomistas piqueteros, los que junto a la defensa de su tierra y territorios urbanos, pelean también por la autogestión y la autonomía integrales de sus propios barrios, reconstruyendo formas económicas de trueque o de intercambio justo, y relaciones sociales de solidaridad y apoyo mutuo, que confrontan radicalmente al neoliberalismo y al capitalismo argentinos hoy todavía dominantes.²³

Nueva lucha antisistémica por la tierra y el territorio, que siendo siempre reencuadrada e integrada dentro de la lucha más global en contra del sistema capitalista en su conjunto, es compartida por los cinco principales movimientos antisistémicos de la América Latina actual.

Un segundo trazo compartido por varios de los movimientos antisistémicos latinoamericanos, aunque no por todos, es el que se vincula a la específica concepción que los pueblos indígenas de nuestro semicontinente, tienen aún de lo que es esa tierra y ese territorio por los que actualmente combaten. Pues para ellos, como ya lo hemos mencionado, la tierra-territorio es la Tierra-Madre, la Pacha-Mama o la Madre Tierra, e incluso, a veces, la madre naturaleza. Lo que significa que su visión de ese territorio-tierra no es para nada una visión instrumental, que concibe a la tierra como algo inerte, muerto, y completamente ajeno y exterior al hombre, sino más bien una visión compleja, dialógica, simbólica y cargada de múltiples sentidos, que asimila a esa tierra-naturaleza-territorio como una realidad viva y activa, con la que el hombre dialoga, intercambia y se compenetra, dentro de un complejo metabolismo orgánico y dialéctico, en el que fluyen y refluyen, permanentemente, acciones y reacciones múltiples de muy diversos tipos.

Porque si la tierra es la Madre-Tierra, entonces ella es la fuente última de toda nuestra vida y de todo nuestro existir, y con ello, el origen de nuestro ser corpóreo, el lugar en el que estar, el hábitat de nuestro cobijo y nuestro techo, la que produce nuestros alimentos, la que provee los materiales de nuestras casas y de nuestras ciudades, la que genera las

²⁰ Sobre este punto véanse los textos citados en la nota 14, y también, por mencionar sólo dos ejemplos posibles entre muchos, Gilmar Mauro, “Situación y perspectivas del movimiento de los Sin Tierra en Brasil. Entrevista a Gilmar Mauro”, en *Contrahistorias* núm. 10, México, 2008, y también el Boletín núm. 165 de la publicación en Internet “MST Informa”, del 16 de abril de 2009, en el sitio del MST: <http://www.mst.org.br>.

²¹ Sobre las once y luego trece demandas neozapatistas, y sobre su significado e implicaciones en general, cfr. los cinco tomos de la obra *EZLN. Documentos y comunicados*, cinco volúmenes, Ed. Era, México, 1994-2003. Sobre el movimiento de *La Otra Campaña* y sobre el proyecto del Programa Nacional de Lucha, cfr. *Contrahistorias* núm. 6, México, 2006, núm. 8, México, 2007 y núm. 10, México, 2008. También, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Chiapas, Planeta Tierra*, Ed. El Perro y la Rana, Caracas, 2007, y *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, antes ya citado.

²² Sobre este punto, cfr. Propuesta Agraria de la CONAIE, Ed. CONAIE, Quito, 2007, Propuesta de la CONAIE frente a la Asamblea Constituyente, Ed. CONAIE, Quito, 2007, y Proyecto político de las Nacionalidades Indígenas del Ecuador, Ed. CONAIE, Quito, 2007, además de los textos de la nota 11.

²³ Sobre este movimiento de los piqueteros argentinos, cfr. Maristella Svampa y Sebastián Pereyra, *Entre la ruta y el barrio*, 2ª edición, Ed. Biblos, Buenos Aires, 2004, Gabriela Delamata, *Los barrios desbordados*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 2004, Miguel Mazzeo, *Piqueteros. Notas para una tipología*, Ed. Manuel Suárez, Rosario, 2004, y Raúl Isman, *Los piquetes de La Matanza*, Ed. Nuevos Tiempos, Buenos Aires, 2004.

plantas que nos curan, la que conserva, reproduce y modifica el frío y el calor, o la que da las materias primas con las que nos cubrimos y vestimos. Pero también ella es la fuente de los sonidos, de los colores y de las imágenes, de las piedras, de los movimientos y de los ritmos, así como de las figuras, los gestos y las situaciones, y con ello, el origen de todas las artes.

E igualmente, esa Madre-Tierra-Naturaleza, es el lugar primero de los espacios, de las figuras, de las líneas y de los puntos, lo mismo que la matriz de las sustancias, de los precipitados, de las bases, de los elementos, de los ácidos y de los minerales, los que además, coinciden con las mil y un formas de la vida vegetal y animal que ella también genera y reproduce. Y por esta vía, también ella es el origen del pensamiento, de la reflexión, de la filosofía, del lenguaje, de las matemáticas, de la biología, de la química, y de todas las ciencias posibles.

Verdades estas obvias y elementales, que sin embargo tienden a olvidarse cuando se vive en las grandes y en las pequeñas ciudades, en esos medios sociales casi totalmente artificiales, y absurdamente separados y lejanos de esa Madre Tierra y de esa Madre Naturaleza. Lo que además, es un dato más que reciente, porque es un hecho histórico evidente que hasta el siglo XVIII, la inmensa y abrumadora mayoría de la humanidad vivió más que sumergida en esa vida campesina, y en contacto directo con la Madre Tierra, situación que sólo comenzó a quebrarse, masivamente y en gran escala, a partir de los muy cercanos procesos de urbanización e industrialización generalizados de las sociedades, que datan tan solo de los dos últimos siglos transcurridos.

²⁴ Aunque entre los neozapatistas existe a veces la propiedad individual de la tierra, esta es más un efecto *derivado* de los quinientos años de colonización y de dominación que han sufrido los pueblos indígenas, que un elemento central de su vida social en general. Pues entre los indígenas neozapatistas –como también en muchos pueblos indígenas de Bolivia y de Ecuador, lo mismo que de otros países de América Latina–, se ha conservado hasta hoy el claro predominio del *nosotros colectivo* sobre el “yo” aislado, solitario y egoísta. Lo que también se conecta, coherentemente, con esa visión de la tierra como Madre Tierra, como madre colectiva del nosotros comunitario. Sobre este interesante punto, que no podemos desarrollar más ampliamente aquí, cfr. Carlos Lenkersdorf, *Los hombres verdaderos*, Ed. Siglo XXI, México, 1996, y *Filosofar en clave tojolabal*, Ed. Miguel Ángel Porrúa, México, 2002, y también Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, ya antes referido.

²⁵ Para comprender los vínculos que existen entre el proceso de nacimiento de la propiedad privada de la tierra, y el desarrollo de la génesis de las sociedades divididas en clases sociales, y para entender también cómo la monopolización total de esa tierra fue una condición del nacimiento del capitalismo, siempre es útil volver a leer los textos clásicos de Marx, como *El Capital*, antes citado o los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse*, también ya referido. Para el vínculo que existe entre el nacimiento de la propiedad privada y el patriarcado, cfr. también el texto de Federico Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Ed. Progreso, Moscú, sin fecha de edición.

Concepción entonces rica, compleja, y sutil, de la Madre Tierra, que al oponerse radicalmente a la concepción capitalista instrumental de esa misma tierra, revela todo el enorme potencial anticapitalista y antisistémico que ella misma encierra. Pues si la tierra es la Pacha Mama o Madre Tierra, entonces los nuevos movimientos antisistémicos no están luchando simple y limitadamente por un reparto agrario, o por la conquista individual de la propiedad individual de esa tierra. Pues cuando varios hijos comparten a una misma madre, ellos no se la reparten en pedazos, sino que conviven colectivamente con ella, gozando comunitaria y simultáneamente de su compañía. Lo que explica el hecho de que, cuando los indígenas neozapatistas recuperan la tierra, arrancándosela a los latifundistas, ellos no la reparten en parcelas y propiedades individuales, sino que la conservan y trabajan de manera colectiva, compartida y simultánea. Con lo cual, no existe ni el reparto agrario ni la centralidad hegemónica de la propiedad individual de la tierra, en el seno de esas dignas comunidades rebeldes neozapatistas de Chiapas.²⁴

Pero si la lucha genuinamente antisistémica no es por el simple reparto agrario ni tampoco por la conquista de la limitada propiedad individual de la tierra, tampoco lo es por la conquista de la propiedad colectiva de la tierra, sino por algo mucho más profundo y mucho más radicalmente anticapitalista y antisistémico. Pues si la tierra es nuestra Madre Tierra, es lógico que a la tierra, como a la madre, ni se le vende ni se le compra, e incluso y más allá, tampoco se la apropia uno como se apropia de los objetos y de las cosas. Lo que entonces, nos permite comprender la sabia afirmación de los compañeros neozapatistas mexicanos, cuando plantean que debemos preguntarnos cómo vamos a poder vivir armónicamente y disfrutar todos juntos a esta tierra, pero “sin que nadie sea su dueño”, tal y como lo dijo sabiamente el Teniente Coronel Insurgente Moisés, en el Primer Festival Mundial de la Digna Rabia celebrado en diciembre de 2008 y enero de 2009.

Lo que implica que si prolongamos hasta sus últimas consecuencias esta noción de la tierra como Madre Tierra, entonces desembocamos en la consigna de la necesaria y obligada desmercantilización absoluta de la tierra. Pues la tierra, madre y fuente de nuestra vida, de nuestra reproducción material, de las artes, y de las ciencias, no debería nunca de ser una mercancía, y por lo tanto, no debería poder comprarse ni venderse, lo que implica que eliminemos y suprimamos por completo toda posible propiedad privada de la tierra, sea individual, colectiva, estatal, o social. Supresión de toda posible propiedad privada de la tierra, que no sólo hace imposible la existencia del capitalismo, sino también de cualquier posible sociedad dividida en clases sociales, e incluso y complementariamente, también hace obsoleto e inútil el esquema mismo del patriarcado y de la familia patriarcal, en todas sus variantes posibles.²⁵

Y si debemos abolir toda posible propiedad de esa Madre Tierra, también debemos abandonar la idea de su “apropiación” por parte nuestra. Pues tampoco nos “apropiamos” de nuestra madre, no pretendemos ser sus “dueños”, sino que establecemos con ella una relación dialógica de intercambio y de afecto, en la que ninguno de los elementos domina sobre el otro, y ninguno es apropiado por el otro. Así, no sólo hace falta desmercantilizar la tierra, sino que también es necesario suprimir y superar la idea limitada y escasa (en tanto nacida de la relación de escasez de la que habló tan brillantemente Jean Paul Sartre), de que el metabolismo y el vínculo entre el hombre y la naturaleza, o la tierra, debe estar marcado por la asimetría y por la dominación de alguno de estos dos elementos sobre el otro.

Lo que se vuelve posible, si renunciamos a la idea de la propiedad de la tierra, a su condición como mercancía, e incluso a la estrategia de ‘apropiación’ de ella por parte nuestra. Pues si la tierra se vuelve patrimonio común de la humanidad, es decir, un bien compartido por todos, que pertenece a todos y por ende no pertenece a nadie, como el aire que respiramos o como el cielo que contemplamos, entonces es posible superar, al mismo tiempo, de un lado la relación escasa en que la naturaleza domina al hombre, y lo castiga con sequías, malas cosechas, hambrunas, terremotos, plagas, epidemias, o catástrofes de todo tipo, como del otro lado también la relación capitalista absurda y prepotente que concibe al hombre como “amo y señor de la naturaleza”, con todas las terribles consecuencias de desastre ecológico que esta posición ha acarreado. Renuncia a la idea de “apropiación” de la Madre Tierra, que no es sólo anticapitalista, sino también y al mismo tiempo profundamente antisistémica y superadora de la larguísima y milenaria condición prehistórica de la humanidad, hoy todavía vigente. Y que abre, por vez primera en la historia humana, la posibilidad de buscar una nueva e inédita relación de equilibrio armónico, dialógico y fraterno, entre el hombre y la tierra, entre el hombre y la madre naturaleza.

Finalmente, un corolario obligado de todos estos cambios referidos de la actual lucha antisistémica por la tierra, y que es también un tercer trazo compartido por varios de los principales movimientos antisistémicos de América Latina, es el de obligarnos a repensar el posible futuro inmediato de la milenaria contraposición humana entre el campo y la ciudad.

Y si ya Marx señaló, en su momento, que el carácter que presenta esta relación campo-ciudad es uno de los ejes nucleares de toda la historia económica del hombre, y vaticinó que con la eliminación del capitalismo y de las clases sociales en general, se acabaría también esa antítesis entre el campo y la ciudad, entonces es lógico que la acción y la concepción de estos movimientos antisistémicos, apunte también hacia este problema fundamental de lo que habrá de acontecer, en el futuro cercano, con dicha configuración de los espacios y territorios humanos, que

aún hoy sigue organizándose desde esa división entre lo rural y lo urbano.

Pues al equiparar la lucha por la tierra rural con la lucha por los territorios urbanos, y al incorporar a sujetos urbanos, no campesinos, en esa lucha por la tierra rural, lo mismo que al abrir la noción de tierra hacia el mucho más vasto universo de lo que incluye el territorio, o al recordarnos que la tierra es la Madre Tierra, fuente de la vida en general, y por lo tanto, también de la vida citadina en particular, o al extender la noción de la Madre Tierra a la de la Madre Naturaleza, lo que esos nuevos movimientos antisistémicos de América Latina hacen, es invitarnos a repensar en términos radicalmente nuevos y antisistémicos cómo es que sería posible trascender esa antítesis entre el campo y la ciudad, para reconstruir otros modos, distintos y muy otros de los actuales, de esa distribución y organización de las poblaciones humanas, sobre las tierras emergidas del globo terráqueo.²⁶

Replanteamiento radical de la relación y la dialéctica entre el campo y la ciudad, que no sólo debería romper con el mutuo aislamiento y con la ajenidad profunda que hoy existe entre ambos espacios y universos, sino que debería también de cuestionar, radicalmente, la falsa jerarquía que coloca a la ciudad por encima del campo. Algo que, por ejemplo, había sido planteado y discutido durante la revolución cultural china, la que no sólo se preguntaba como quebrar la también milenaria antítesis entre trabajo manual e intelectual, sino también cómo romper y superar esa antítesis entre campo y ciudad, llevando la industria y la Universidad, la ciencia y el arte urbanos, a los campos, y trayendo la agricultura, el saber campesino y popular, el amor, el conocimiento y el cuidado hacia la naturaleza, y el arte campesino, a las ciudades. Experiencias muy interesantes y novedosas, que sin embargo fueron interrumpidas con la muerte de Mao Tsé Tung, y con los cambios regresivos que ha vivido China en las últimas décadas.

Cuestionamiento radical del posible futuro de esta relación y configuración campo/ciudad que, entre muchas otras tareas, tendría que ser también abordada por esos nuevos movimientos antisistémicos de lucha por la tierra en América Latina. Movimientos que hoy, como hace siglos y milenios, siguen afirmándose en toda la geografía de nuestro cada vez más pequeño Planeta Tierra.

Pero que hoy, en estas vísperas del fin de la prehistoria humana, y del predominio del reino de la necesidad que ahora vivimos, están mucho más cerca de la verdadera conquista, del tan anhelado y perseguido por todos, reino humano de la verdadera libertad.

²⁶ Sobre este punto, vale la pena leer con cuidado el texto de las palabras del Teniente Coronel Insurgente Moisés, pronunciadas en el *Primer Festival Mundial de la Digna Rabia*, y publicadas bajo el título “El campo y la ciudad. Intervención en el Primer Festival Mundial de la Digna Rabia” en la revista *Contrahistorias*, núm. 12, México, 2009.